

España, y la persona á quien encargó la realización de este deseo pensó que en Aragón era donde se podría comprar á más bajo precio, embolsándose él una mitad de la cantidad que quería gastar el duque.

El pleito siguió de muy cerca á la venta, y el duque, á pesar de su riqueza y de haberse incomodado en hacer un largo viaje, le perdió, con las costas.

Pensó el duque en marcharse al instante, pero por una de sus extravagancias quiso llevarse á Mateo como recuerdo de su excursión.

Como buen francés, le divertía ver la rudeza de los españoles, y se hizo la cuenta de que en aquel chiquillo, bravo y ordinario, tendría un hazmerreir para sus horas de fastidio.

Ya se ha visto que consiguió de sus padres el que se lo dejaran: sigámosles á París, que luego volveremos á la mísera aldea donde han quedado los padres y la hermana del ingrato muchacho.

Por ahora y hasta el capítulo siguiente, sólo se puede participar á los lectores que el duque se durmió así que entró en el coche y que Mateo tardó poco en imitarle.

## VI

En el bulevar de los Inválidos, es decir, en un hermoso paseo guarnecido de árboles, se hallaba en París el palacio del viejo y ridículo duque de Varennes.

Una vieja ama de llaves, llamada la señorita Leblanche, en unión de un mayordomo, también de edad madura, eran los que gobernaban la casa, los criados y al mismo duque.

La señorita Leblanche tenía cincuenta años; su traje de seda negro, en el cual iba embutida, desaparecía casi por completo debajo de un gran chal de merino azul con cuadros de seda carmesí.

Una papalina blanca de encajes, con grandes lazos color de naranja, dejaba escapar á lo largo de sus mejillas algunos rizos tísicos, pero escrupulosamente teñidos y brillantes de pomada.

Sus ojillos grises, su boca grande y sus mejillas pintadas de arrebol daban á aquella anciana un aspecto ridículo y desagradable; porque la vejez que se acicala con afeites presenta á la vista un aspecto doloroso, por lo mismo que parece menospreciar su dignidad.

La señorita Amalia Desideria Leblanche tenía un genial tan perverso, que no dejaba vivir á nadie; no había en el palacio otra persona del sexo bello que ella, y parecía puesta allí como

una manifestación de lo ridícula que puede llegar á ser una mujer y como una negación del dictado de *hermoso* que han dado al débil sexo.

Desideria no quería á su lado doncellas que cuidasen de la ropa blanca; la planchadora del palacio vivía fuera, y un criado le llevaba la ropa y volvía á recogerla en ciertos días de la semana.

Ella vigilaba la cocina, la repostería, el estrado, los dormitorios y hasta las habitaciones de los criados; nada se hacía sin su permiso, sin su mandato expreso, y el mismo duque se había acostumbrado de tal modo á su tiranía, que era un maniquí en las manos de Desideria, de la terrible Desideria.

Los criados la temían, pero se reían de ella, porque la tiranía nunca pasa de ser odiosa ó ridícula.

Figuraos, mis amados lectores, la cara que pondría Desideria al ver entrar á su amo en el palacio, trayendo por la mano á aquel muchacho ordinario y vestido de paño burdo.

Si Mateo hubiera venido delante lo hubiera tenido por uno de esos muchachos saboyanos que se ocupan de los recados; pero además de que la figura y el traje de Mateo alejaba toda idea de Saboya, ya he dicho que venía asido de la mano del duque.

Eran las seis de la tarde cuando el duque, acompañado de su ahijado, llegó á París y á su palacio del bulevar de los Inválidos.

—Vamos, Pedro—dijo á su ayuda de cámara—prepara lo necesario para acostarme; vengo muerto de sueño y de cansancio.

—¿Qué es lo que quiere este pillete, señor duque?—preguntó Desideria á su amo.

—Poco á poco, bruja—repuso el muchacho con su acento áspero, gutural y casi feroz;—si me llama pillete otra vez la doy un mojicón que la hago bailar una hora como á mi trompo.

Desideria no entendía el español, y no pudo, por lo tanto, comprender estas palabras.

En cuanto á Mateo, que se había acostumbrado á oír al duque durante el camino, comprendió las pocas palabras del ama de gobierno.

El duque se dejó caer en un sillón riendo á carcajadas, y cuando pudo hablar tradujo á la señorita Desideria las palabras de Mateo.

—Pero ¿á qué viene aquí?—tornó á preguntar la anciana;—en fin, veamos á qué viene.

—Viene—respondió el duque sin dejar de reír—á divertirme.

—¡Cómo!... ¿qué?...—preguntó atónita el ama de gobierno.

—Digo que he traído este chico para que me divierta.

—¿Y va á vivir aquí?...

—Sin duda.

—¡Yo estoy soñando!—barbotó Desideria estupefacta.

—¿Por qué?—preguntó el duque;—¿no le parece á usted posible que me quiera divertir?

—¡Pero, señor, si ese chico es un zopencol

—¡Tanto mejor!

El ama de gobierno lanzó á Mateo una furiosa mirada, y salió del aposento.

—Mira, chiquito—dijo el duque á Mateo—si te pega esa señora, pégale tú más.

—Está bien, señor duque—respondió Mateo.

—¿Tendrás valor para ello?

—Sí, señor.

—Bien; ahora oye: si te pega algún criado no le pegues tú, porque te expones á que te estrellen entre todos, pero avísame.

—Así lo haré.

—Ahora—añadió el duque metiéndose en la cama—vete á acostar tú también; aquí, detrás de mi alcoba, hay un cuartito con una cama dispuesta; mañana te levantarás así que despiertes y vendrás á darme conversaci6n.

El duque, dichas estas palabras, tiró del cord6n de la campanilla y se presentó un criado.

—¿No hay una cama aquí, en ese aposentillo inmediato?—le preguntó.

—Sí, señor duque—respondió el doméstico.

—Bien: ayuda á acostar en ella á Mateo.

El criado obedeció, y Mateo se vió bien pronto acostado en la mejor cama que había tenido en toda su vida, cogiendo al instante el sueño.

Ni un solo pensamiento consagró á sus padres ni á su hermanita aquel ingrato muchacho; pero ¿qué mucho, si tampoco se acordó de dirigir á Dios una oraci6n para darle gracias por su impensada fortuna?

El que no es cristiano no puede ser buen hijo tampoco.

Mateo despertó al amanecer y, obediente á las órdenes del duque, fué junto á su lecho; pero éste dormía, y teniendo miedo á los criados, que le habían dado muestras de no estar muy contentos con su llegada á la casa, se sentó junto al lecho.

Cuando el duque despertó, fué grande su alegría de ver allí á su protegido; aquel hombre, que ya era anciano, conocía la necesidad de tener á su lado un sér adicto que mirase por él y más adelante contuviese las demasias de los criados.

Aislado, sin esposa, sin hijos, sin parientes, el duque había llegado á esa terrible soledad del alma que la riqueza, por grande que sea, no puede compensar ni mucho menos evitar.

Por eso, al ver á Mateo sentado junto á su cama como un centinela fiel, sintió un consuelo en su corazón, egoísta y frío, pero no malo.

Levantóse, y su primer cuidado, no bien le hubo vestido el ayuda de cámara, fué encargar que hiciese venir un sastre para que vistiese á

Mateo de una manera elegante y arreglada á la última moda.

Por la tarde le llevó á paseo en su coche, vestido ya de un modo conveniente, y por la noche le acompañó al teatro.

Es imposible imaginarse nada más bello y gracioso que Mateo vestido de terciopelo y encajes; peinados sus magníficos cabellos castaños por un hábil peluquero que, además, los había saturado de perfumes, caían alrededor de sus mejillas, haciendo resaltar la blancura y el rico tejido de los encajes que adornaban su chaqueta de terciopelo azul oscuro, con ricas pasamanerías.

Limpio ya Mateo de cara y manos, su cutis ostentaba su deslumbradora blancura y su frescura sonrosada; su boca era un capullo á medio abrir; sus grandes ojos oscuros brillaban de alegría; llevaba un ancho pantalón, también de terciopelo y debajo otro de encajes, algo corto, para que dejase ver unas medias de seda rayadas y unas botitas de terciopelo como el vestido, que encerraban los diminutos pies de Mateo.

Si se añade á este atavío un sombrero de fieltro y unos delicados guantes blancos, se tendrá una idea del lujo y hermosura del hijo del pobre Calabaza.

—Mira, muchacho—dijo el duque al salir el carruaje para ir á paseo al bosque de Bolonia

tú no tienes otra cosa fea que más tu nombre: ¿estás?

—Sí, señor—respondió Mateo, que no sabía adónde iba á parar su protector.

—Te llamas Mateo, lo cual es tan feo como llamarse Ciriaco: á mí no me cambiaron el nombre, pero á ti te lo voy á cambiar yo; desde hoy te llamarás un nombre así... bonito, como...

El duque se puso á discurrir.

—Desde hoy te llamarás Arturo—dijo por fin, muy satisfecho de su ocurrencia.

Mateo manifestó en su semblante la más viva satisfacción.

En efecto, su nombre le desagradaba á él también, porque le recordaba su pobreza en medio de toda aquella opulencia que le rodeaba.

En tanto que el duque y su protegido pasaban la noche en el teatro, y que Mateo—porque para nosotros, lectores míos, es Mateo y nada más—se admiraba, hasta no poder más, de la magnificencia del teatro y de la esplendidez del alumbrado, los criados del palacio del duque celebraban su conciliábulo, discuriendo sobre los perjuicios que aquel muchacho intruso les podía ocasionar.

—¡Cuando os digo que se va á hacer dueño absoluto de la confianza del amo!—decía el viejo mayordomo.

—¡Qué ha de hacer eso ese rapaz!—repuso

indignado el ayuda de cámara.—¿No sabremos nosotros desacreditarle?

—¡Pues ya se ve!—dijo á su vez la señorita Desideria, que presidía la reunión.—¡No faltaba más sino que el aldeanillo pudiese más que todos nosotros!

—¡Si al menos fuera francés!—añadió el cocinero—pero un chiquillo extranjero, yo no sé cómo ha podido hacerle gracia al señor.

—Toma, pues por lo mismo que es extranjero le hace gracia—dijo Desideria;—todos sabemos que el señor tiene un entendimiento más romo que esta mesa.

—Es verdad—dijeron en coro los criados.

—Pues bien, por eso le parece que ese chiquillo vale un mundo.

—¡Y lo que es la hermosura no hay que negársela!

—En fin—dijo el mayordomo para acallar con su parecer todas aquellas hablillas que no conducían á nada;—dejemos por ahora rodar la bola;—pero si vemos que el chiquillo se sale demasiado de su puesto, no hemos de tolerar, después de veinte años que llevamos en la casa, que nos venga á imponer la ley y á quitarnos nuestras utilidades; ya le arreglaremos.

Después de esta sentencia cada uno se separó para ir á su cuarto á esperar al duque y al objeto de sus inquietudes, de sus recelos y de sus

amenazas, que no tardó en llegar triunfante y satisfecho con su protector.

## VII

Volvamos á la pobre aldea de Aragón donde nació Mateo y donde quedaron sus padres y su hermana después de su partida.

San Juan de Mozarrifal, es, no sólo una de las más pequeñas aldeas de Aragón, donde hay muchas aldeas pequeñas, sino una de las más pequeñas del mundo, puesto que se compone de diez y ocho ó veinte casitas diseminadas en un prado verde y hermoso.

Sin embargo, ¡cuánta caridad, cuán religiosos sentimientos se atesoraban en aquel pobre recinto, en aquel valle humilde y solitario.

Sus habitantes nunca habían tenido más ambición que la del pan diario y la de una buena salud; allí habían nacido y se habían casado los padres de Calabaza y de su esposa Bárbara; á la sombra de los grandes árboles del cementerio dormían el eterno sueño; allí habían nacido ellos y allí se habían unido con los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás había pasado por la mente de Bárbara, ni por la de su marido, el dejar su aldea; en ella pensaban morir como habían muerto sus padres, y á su lado reposar hasta el día de la resurrección.

UNIVERSIDAD NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1040. 1025 MONTERREY, MEXICO